

José Laborda Yneva. «Compartir la vida»

La ciudad compartida de María-Ángeles DURÁN y Carlos HERNÁNDEZ PEZZI; (Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Madrid, 1998, 245 y 331 páginas.)

Hace ya algunos años, en los últimos meses de 1998, el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España publicó *La ciudad compartida*, un proyecto editorial compuesto por dos libros con un mismo título aunque con diferentes subtítulos. Si convenimos, de momento, en utilizar el orden alfabético de los apellidos de sus respectivos autores, hemos de decir que el primero de esos libros, compuesto por la socióloga María-Ángeles Durán, añadía el subtítulo *Conocimiento, afecto y uso*. El otro libro, preparado por el arquitecto Carlos Hernández Pezzi, prefería referirse a *El género de la arquitectura* en su adición al título. Hasta aquí la referencia fiel al empeño editorial.

Luego, el repaso de las intenciones, objetivos y resultados ofrecidos por cada uno de ambos autores necesita nuevos matices. Una y otro revelan con claridad la diferencia de sus percepciones, de su formación intelectual y de sus vínculos con el género que les es propio. Durán se muestra más consecuente, más dueña de sus saberes y, desde luego, mucho más cercana al afecto. Pezzi, por su lado, antepone su costumbre de abordar las cosas desde un enfoque masculino que se esfuerza por conseguir un acercamiento a los matices del género. No hay casi comparación posible entre ambos textos: ni las referencias que manejan ni las formas de decir ni tampoco la capacidad de persuadir con sus respectivas razones son semejantes. Hemos de preferir a Durán, desde luego; su exposición y conclusiones van a resultarnos objetivamente más sugerentes.

Tal vez no sea éste el momento más que de avisar de nuevo sobre este doble empeño; hacerlo con mayor detenimiento requeriría más tiempo y espacio. Pero releídos hoy, catorce años después de haber sido redactados ambos textos y doce de haber sido publicados, nos produce la sensación de encontrarnos con la elocuente vigencia de ambas actitudes, precursoras entonces

del inminente siglo XXI e inmersas ahora en un contexto de candente vigencia. Nada o casi nada ha cambiado en estos años.

Seguramente, a la hora de encontrar textos de referencia para afianzar sobre ellos nuestra actitud contemporánea ante la urgencia de compartir la arquitectura y, con ella, la construcción de la ciudad, los textos de Durán y Pezzi pueden permitirnos, casi a la manera histórica, conocer de primera mano el estado de la cuestión del género en la arquitectura que compone la ciudad.

Ambos trabajos fueron el resultado de un proceso aún más pretérito, el programa NOW, siglas inglesas de 'Programa de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres', cuyo origen debe encontrarse en diciembre de 1992. Fue una iniciativa financiada por la Unión Europea y el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, atenta a las transformaciones profesionales y culturales de la arquitectura en Europa ante la progresiva intervención de la mujer en la arquitectura. Un equipo multidisciplinar interesado en la práctica del urbanismo y la arquitectura decidió trabajar conjuntamente sobre ello, desde la perspectiva de las mujeres que participan en las diferentes disciplinas que intervienen en la construcción de la ciudad.

Un primer resultado de ese impulso novedoso fueron los cursos 'Urbanismo y mujer', desarrollados en Andalucía y Castilla la Mancha en 1993 y 1994, cuyas conclusiones advirtieron sobre la discriminación de hecho que habían de afrontar las mujeres en la práctica profesional de la arquitectura, al mismo tiempo que reconocieron que el grado de compromiso alcanzado por las mujeres sobre los problemas urbanos superaba ya con creces al de muchos hombres dedecados por entero al ejercicio del planeamiento y la arquitectura.

Así, el proyecto editorial *La ciudad compartida*, publicado a continuación, vino a añadir conexiones entre disciplinas alejadas de las expectativas de los arquitectos; pero fueron necesarios dos libros para ello, no pudo concluirse un texto compartido pese a la intención de compartir la ciudad. Durán lo explica con delicadeza pero con precisión: «No hemos podido llegar hasta el final tal como lo planteamos al principio, revisando y rehaciendo juntos cada una de las páginas, pero el grado de nuestra influencia es mucho mayor que el que puedan sugerir dos volúmenes separados.»

Quienes decidan leer entre líneas, podrán interpretar esa falta de acuerdo ante una intención inicial común: autores distintos, formaciones diferentes, puntos de vista consecuentes con sus diversas actitudes ante unos mismos hechos, libros separados. ¿No se trataba de compartir?

Pues bien, me ha parecido adecuado concluir este breve recuerdo sobre la reciente historiografía del proceso de concurrencia entre las opciones positivas hacia el ineludible propósito de compartir la arquitectura que construye la

ciudad, con la transcripción de la reseña que publiqué en abril de 1999 sobre los libros de Durán y Pezzi:

«Nos hemos acostumbrado a entender la ciudad como un artificio necesario, un compendio de circunstancias donde, sin apenas proponérselo, nos encontramos envueltos en ritmos que no nos pertenecen. Olvidamos tal vez que es en la ciudad donde tiene lugar la vida: un proceso privado e irrepetible de cuyo acierto dependemos. La ciudad aparece ante nosotros como un ámbito externo donde nos relacionamos, sin apenas contar con medios que nos permitan adaptar su pulso a nuestra vida; por el contrario, somos nosotros quienes casi siempre debemos someternos a nuestra elección urbana y aceptar como inevitable una forma de vivir ajena a nuestra forma de sentir. Seguramente nuestra opción estriba en compartir, compartir la ciudad, compartir la vida y tratar de convertir nuestro entorno cercano en fundamento indispensable de convivencia.

Por eso resulta tan estimulante la intención de este libro, que ha hecho del compartir su argumentos. En dos volúmenes independientes de recogen las reflexiones del arquitecto Carlos Fernández Pezzi, muestra de la diferencia entre su manera de sentir las cosas, diferencia también entre la forma de expresión de la mujer y el hombre.

La ciudad de Durán aparece como recinto de la vida, como lugar de acogida del transmitir. Hay en su discurso una elegancia consciente, un dejar pasar definido por la calidad humana que el respeto proporciona a quienes poseen argumentos pero prefieren escuchar. Pero ¿qué hacer cuando ya la gramática al masculino los plurales compartidos? Seguramente es la actitud lo que cuenta. Porque, ante un transcurso de evolución supuestamente civilizada que pospone sistemáticamente lo femenino, es preciso buscar en la actitud personal la intención de compartir.

Durán lo hace a través de un texto repleto de ideas, ideas que convienen al habitante de la ciudad y que parecen fluir de un sentido consciente de que la persuasión reside en la inteligencia más que en el acto dirigido. Un reflejo patente de la diferencia es el esfuerzo que el hombre debe realizar para ponerse en el lugar de la mujer y la naturalidad conoce y reflexiona sobre el papel del hombre. Y es que el varón es consciente de que termina en sí mismo; debe llevar a cabo su proyecto de vida con ritmo anhelante, deseoso de dejar huella de las cosas, incapaz de la transmisión de la vida que sí posee con creces la mujer. Un libro, el de Durán, que sugiere el afecto como resultado del conocimiento y aborda el uso de la ciudad con la naturalidad del compartir.

Hernández Pezzi, leído tras Durán, denota en su texto la voluntad del varón por definir y reparar uno a uno los agravios seculares que lo masculino

ha inferido a lo femenino en la comprensión y formación de la ciudad. Una disculpa explícita que implica el reconocimiento de una postergación atávica. Es la definición del género lo que le ocupa. ¿De qué género es la ciudad? ¿Cuál es el género de la arquitectura? Nombre femeninos ambos, vistos desde siempre con ojos masculinos y reflejo del atraso de lo urbano con relación a otras formas de conocimiento o expresión: la filosofía, el arte, la biología, cuyos conceptos se han visto radicalmente transformados cuando se han abordado con la sensibilidad de conseguir encuentro. La ciudad, la arquitectura, en cambio, permanecen en manos del hombre, ajenas casi al pulso real de la vida. Ciudades repletas de actitudes prepotentes y apresuradas, de irreflexión sobre el sentido práctico de las cosas, de barreras conscientes e inconscientes ante cuanto significa de veras cobijo, tolerancia, acogida. Ciudades que ignoran que su único fin es ayudar a compartir la vida.»